



HABANA—OCTUBRE. 4 — 1812.

Sale el sol á las 6 h. y 8 m.    x    Se pone á las 5. y 52.

Domingo †† — Ntra. Sra. del Rosario,  
Y SAN FRANCISCO DE ASIS.

Jubileo en Sta. Catalina.

Quirites excubabo vigilaboque pro vobis.

HOMBRES NUEVOS.

Capítulo IX.

*En los antiguos gobiernos, alistamientos forzados.*

*En los nuevos, todos deben concurrir á la defensa y la seguridad pública.*

Nadie, en el orden civil, se ve tan obligado á permanecer en un celibato violento como los militares. Fué preciso emplear los reclamos de un siglo entero para que algunos gobiernos concediesen á los soldados la libertad de casarse. Pero esta libertad, lejos de destruir los males que se querian evitar, los agravó considerablemente. Un soldado infeliz, cuyo prest apenas le basta para atender á lo muy preciso de su persona ; cómo podrá sostener una familia ? No me detendré en detallar la deplorable situación á que precisamente se ha de ver reducida la desgraciada que se una á un soldado, pues es tan triste que, prescindiendo de la moralidad del matrimonio, podría justamente compararse con la de aquellas mugeres envilecidas, que la disolucion encuentra en los mas corrompidos lupanares. Tal es la degradacion á que la miseria, el descaecimiento y los pesares de todo genero reducen á esta criatura abando-

nada á la suerte mas horrorosa. Pero por grande que aparezca á todos la corrupcion que necesariamente introduce el estado militar entre la multitud, respecto del gran número de individuos que le componen en las principales naciones de Europa, yo no la considero aquí sino como una simple ramificacion de la corrupcion moral (por otra parte demasiado extendida) que arreá la institucion de los alistamientos forzados. Estos son el último rasgo de la exécrable y atroz dominacion de los déspotas, y el mas odioso envilecimiento del pueblo. La multitud, después de haber sido despojada de todo, se encuentra obligada á sufrir las quintas, ó décimas personales, por cuyo medio viene á ser un instrumento de absoluta propiedad en las manos de quien la dirige.

Si no estuviese ya bastante demostrado que los déspotas exponen la vida de los hombres sobre el mas ligero pretexto, nada lo probaria mejor que el infame sistema adoptado por casi todos ellos, de venderse mutuamente los soldados. ; Qué grangeria ! ; qué grangeria esta tan atroz ! ; Vender la sangre, la libertad, la vida misma de los hombres á cambio de oro ! ; Los hombres vendidos por los tiranos, á otros tiranos, para atacar los derechos de la humanidad, y perpetuar si fuese posible, la esclavitud sobre la tierra !

¿Será posible? Ah! ; Dígalo, entre otros, el brillante ejército español, vendido con uno de nuestros mejores generales por el déspota Godoy al déspota Napoleón. Este comercio sacrilego jamás ha sido tan impudente como al fin del siglo XVIII. Si nuestra libertad triunfa en la lucha establecida, seguramente que el siglo XIX, libertará para siempre al género humano de tan horrible infamia.

Pero ; qué influencia no debe tener éste sistema sobre las costumbres morales de las familias, de los individuos y de la nación entera! Fixémonos un momento en lo que toca á las familias. Un padre prudente, industrioso y económico, rodeado de los hijos en que se vé renacer, tendría ciertamente razón para bendecir su suerte si, después de las fatigas que le ha costado su educación, pudiese esperar que, siguiendo siempre sus huellas, gozasen tranquilamente de su fortuna y fuesen el apoyo de su vejez, así como lo son en su infancia de los encantos de su vida. Puesto á los bordes del sepulcro, no creería perecer de una vez, viendo multiplicarse en los hijos su imagen y sentimientos; y ellos, nacidos juntamente y educados en esta feliz mediocridad que el padre había heredado, aplicados de común concierto al trabajo que los fortifica, y gozando finalmente en toda su extensión de los encantos de la amistad fraternal, aumentarían sus más lisongeras esperanzas, y derramarían sobre sus últimos instantes todo los consuelos imaginables.

Pero así como está reconocido que donde reinan el amor recíproco, la unión y la concordia, reina también el contento, y que el contento es quien dulcifica el rigor de los más violentos pesares, quien inspira el valor y quien dá á la energía del hombre un curso constantemente libre y útil; así mismo está ya demostrado que las familias del pueblo deben gozar, al menos bajo este punto de vista, una especie de felicidad aun en medio de la opresión establecida por los tiranos.

Más ; ay! Semejante felicidad no es hecha para ellos. Este padre desgraciado ha dado el ser á unos hijos, que apenas llegan á la adolescencia cuando son cruelmente arrancados de su seno en nombre del rey, que los reclama para su servicio; y estos hermanos, á pesar de la unión que los estrecha, van á ser impiamente divididos.

Este doloroso temor se engendra en el padre al momento mismo del nacimiento de su hijo, y en los hermanos desde la edad en que la razón les dá á conocer su suerte. No hay día en que este recelo no se renueve y exprese de cien modos diferentes, los unos más crueles que los otros. De aquí de-

be originarse en toda la familia una inquietud sombría y dolorosa que, constantemente entretenida por el temor, conserva cierta irritación en el ánimo, que no la permite abandonarse á sus inocentes desahogos. Estos hijos, estos hermanos, que no tienen una suerte común ; podrán experimentar iguales afecciones? Su mismo padre se vé obligado á tener preferencias (\*) de que generalmente abusan los beneficiados.

Por otra parte, el desgraciado que está excluido de ellas, reconociendo por la fuerza de su destino, quanto dista su suerte de la de sus hermanos, toma inclinaciones conformes á su triste situación, pero que no se hermanan con la docilidad y el afecto que exige el amor filial y buena fraternidad.

Hé aquí lo que necesariamente sucede cuando los alistamientos militares de los déspotas están fundados en reglas fijas é independientes de los tiempos, y que se renuevan periódicamente. Aun cuando se efectúan en tiempos indefinidos, según las circunstancias, no dexan de ser menos funestos á la moral doméstica, ya sea que se considere el inmediato abatimiento de los ánimos, sea que se examine el trastorno imprevisto de las relaciones privadas, sea en fin, que se calcule la fuerza que ejerce sobre nosotros la idea de lo que puede sobrevenirnos en virtud de las instituciones.

No perjudican menos á las buenas costumbres públicas estas banderas de reclutas que suelen alzarse alguna vez para suplir los alistamientos. Semejante institución es siempre peligrosa, aunque se suponga que solo se dirige á atraer voluntarios, pues entonces fomenta la corrupción en la juventud, que abraza el partido que se la presenta, segura de encontrar en todo trance la impunidad de los delitos cometidos anteriormente, como la experiencia lo ha acreditado. Todos los artificios que se emplean para *enganchar* son execrables, pues deben mirarse como redes tendidas á la libertad del hombre, que equivalen á un asesinato; y aun es todavía más repugnante si se reflexiona que esta fuerza pública, burlándose á la vez de la seguridad que los hombres deben exigir de ella y del llanto de las familias, organiza y protege los artificios violentos.

Pero estos no son sino los primeros rasgos de la corrupción que producen las tales instituciones, cuyos efectos vamos á examinar en los individuos que forman el ejército de los déspotas.

Separados de su familia, se ven obligados á componer parte de un cuerpo que, por su objeto, sus relaciones, su disciplina, y su decoración exterior, está absolutamente di-

(\*) De estas mismas preferencias nació aquella multitud de abates, ó clérigos inútiles al culto, que por medio de una coronita de epístola estaban exentos del servicio militar.

vidido del resto del estado. Lo que conspira á conservar su forma y su actividad, conspira tambien á contener poderosamente los individuos que le componen , á destruirles sus hábitos antiguos, y á gravarles otros nuevos. Los soldados, compelidos á no contar con sus vidas, y exponerlas siempre que así se les ordena, deben, por precision, en el primer caso contraer el hábito de la negligencia, de la ociosidad, de la intemperancia y del libertinage; y en el segundo, acostumbrarse á ser insensibles, duros y crueles. ¿Qué mas se necesita para establecer un sistema completo de corrupcion? Pero el resultado és aun mas deplorable quando se considera este cuerpo con respecto á la masa total de la nacion.

El ejército de un déspota nó tiene otro sentimiento que el de la fuerza, ni otro caracter que el de una ciega obediencia á este mismo despota que le paga. El es pues el instrumento, y el instrumento mas terrible de sus antojos. Automatas insensatos y feroces, alucinados con el falso esplendor que acompaña al sacrilego triunfo de la violencia de los déspotas, ninguna humana consideracion guia, ni contiene á los soldados esclavos de un tirano. Sus oidos solo estan abiertos al son de marchar, y todos sus conocimientos se reducen al furor de la invasion y del pillage. Tan bárbaros, como la voluntad de quien los manda, atacan sin conmiseracion, ni remordimiento á los pueblos inocentes, los roban, los destrozan; y quanto mas exercen su furia, tanto mas creen haber merecido. Lo peor és, que como jamas les ha venido al pensamiento que el salario que les abona su Sr. sale de la nacion oprimida por él, marchan con sangre fria á remachar las cadenas de sus hermanos y de sus parientes, cubriendo de desolacion y de terror la tierra que les dió el dia. No hay para ellos derechos que respetar, ni magistrados que estén al abrigo de sus golpes, pues los descargan indistintamente sobre el hombre virtuoso, el niño inocente y la muger pacífica, sin que haya sobre la tierra objeto alguno, por sagrado que sea en sí mismo, ó en la opinion pública, á quien ellos respeten. Estas horribles verdades estan; ay! demasiado confirmadas. Los rusos marchan contra los rusos, los alemanes, contra los alemanes, los italianos, contra los italianos, los polacos contra los polacos, y los españoles contra los españoles mismos. Y; por qué? Por que todos estan á las ordenes de un tirano. La guerra y la esclavitud, estas crueles calamidades que engendradas en la horrible imaginacion de un ambicioso feroz, deberian ser su suplicio, reciben toda su existencia y su perpetuidad en la fuerza de los ejércitos. Un sistema tan antiguo como constante ha corrompido á los hombres de tal suerte, que ha viciado su razon. Desde que la fuerza sola y sus resultados horrosos han reynado constantemente en el mundo, se convirtió por una contradiccion inexplica-

ble en un objeto del espanto y de la admiracion general. Las expediciones militares y las conquistas han sido el objeto de los cantos y de los elogios, quando solo deben ser el de la exécracion y el anathema.

Un pueblo tiene su fuerza en sí mismo: su propia seguridad le aconseja organizarla. Esta fuerza consiste en el unánime consentimiento de los ciudadanos que aspiran á vivir libres y seguros entre sí, y en la perfecta independenciam de todo influxo exterior. Y por lo mismo que cada uno es interesado no solo en la independenciam del cuerpo social de que compone parte, sino tambien en la libertad, que es el primero de sus derechos, es tambien el que mas espontáneamente debe prestarse á formar la fuerza pública, pues en ella consiste y reside la defensa de todos los ciudadanos, y la proteccion debida á cada uno de ellos.

Los gobiernos prudentes la organizaron para ambos casos. La organizacion de toda la fuerza nacional, siendo dirigida á la seguridad interior, presenta el mas magnifico ramo de las instituciones politicas de los pueblos libres. En ellos está siempre destinada á la guardia de los palacios, de los magistrados, de las puertas de las ciudades, de las plazas, de las funciones y ferias; y al fin viene á ser para el pueblo una reunion de costumbre, de confianza, de valor, de fraternidad y de un noble orgullo. En casos necesarios se emplea, diferentemente organizada, contra los enemigos exteriores para defender y proteger la independenciam nacional.

Empleada exclusivamente la fuerza moral en objetos tan justos y sagrados; qué feliz revolucion no produciria inmediatamente en las inclinaciones morales de los hombres! Ellos se mostrarían entonces como unos ciudadanos señores de sí mismos, quando no eran por el contrario entre nosotros sino unos satélites mercenarios del despotismo. Los primeros no obrarian por otro impulso que el de la voluntad general que conspira al bien de todos; mientras los segundos no reconocen otra que la del déspota que los dirige con arreglo á sus particulares intereses. La fuerza de estos no tiene otros limites que los que el temor sugiere á los tiranos, en vez que la de los otros se extiende á todo quanto exige la conservacion de sus derechos y de su patria.

De aquí puede inferirse qual sea el espíritu con que los pueblos libres van á la guerra; y como cada individuo está animado de uno mismo, todos estan convencidos de que la guerra solo es para ellos una cruel necesidad. Siempre que las circunstancias les ponen las armas en la mano, la guerra dura mucho menos, por que solo hay un motivo que la origine; y un pueblo libre, que se ve obligado á emprenderla por su propia con-

servacion y para recobrar sus derechos, hace desde luego todos los esfuerzos posibles para obligar al enemigo á aceptar la paz que es el único voto de su corazón.

¡Sagrado amor de la libertad y de la patria! ¡Qué fuego, qué fuego tan abrasador inflamas en los corazones! La ferviente juventud oye el son de la trompeta guerrera como la voz del honor que le convida con la inmortalidad. Los padres, agoviados al peso de los años, se quejan por no tener mayor número de hijos que dar á la patria. Pro págase en el seno de las familias la mas noble emulacion, la mas asombrosa rivalidad; y no hay una, una sola que no se crea feliz por haber defendido con su sangre el país de quien se honran haber recibido el ser.

La historia de los pueblos subministra las pruebas mas admirables de esta verdad. Nosotros mismos hemos visto executar á nuestra vista prodigios de este sagrado entusiasmo, quando los satélites de la tiranía vinieron á combatir la poca libertad que nos quedaba. ¡Qué esfuerzos de valor no ha hecho la heroica España sorprendida y atacada por los esclavos de Napoleon! La mas remota posteridad no creería la generosa é invencible magnanimidad de los españoles, armados en su propia defensa y la de su patria, si no se la transmitiese la memoria de sus hazañas por mil y mil monumentos gloriosos que estamos en el caso de erigir.

Hemos hablado hasta aquí de la opinión pública. Exáminemos ahora las falanges patrióticas en el campo de la batalla.

No se componen, no, de hombres estraños respecto unos de otros, que se confunden en las filas, y que sin motivos para auxiliarse, ó animarse mutuamente, esperan temblando el golpe mortal que vá á cortar el hilo de sus días; no, no son estos hombres del número de aquellos que jamas experimentan las dulces ilusiones de la esperanza; son parientes, son amigos, son compatriotas: son hombres animados de un mismo interés, hombres que participan de una misma suerte: hombres que se juran una y mil veces ser hermanos, y que á cada momento se repiten esta dulce promesa. La diferencia de graduaciones solo sirve para conservar el orden y la disciplina; y solo el espíritu de igualdad es el alma de este sagrado orden. Los cantos marciales, los cánticos del valor y de la alegría los disponen para el combate. Si los hiere el rayo fatal, mueren con firmeza; pero si salen victoriosos, triunfan sin orgullo: sus mismos enemigos experimentan los efectos de la grandeza del carácter de los vencedores; porque *la commiseracion y la moderacion son los principales atributos de los buenos patriotas*, que

quando estan convencidos de que la patria no puede remediar las necesidades de sus defensores, sufren con paciencia hasta las mas dolorosas privaciones, pues saben que todo es contra su deseo, todo contra su voluntad.

En medio de los éxitos mas brillantes nunca traspasan los límites que les prescribe la frugalidad y la temperancia. Si la giotoneria, ó la codicia domina alguna vez, el escandalo que ellas causan prueba concluyentemente la moralidad y el desinterés del mayor número.

Tales son pues los soldados de los pueblos libres en los lances del peligro público. Pero en los tiempos de paz, cada uno se entrega á sus ocupaciones domésticas; é hijos y esposos todos vuelven á reunirse en sus hogares con el mismo contento que gozaban anteriormente. Las campañas, las artes, los colegios los ven venir mas zelosos á sus apacibles exércicios; y ellos, animados con la gloria que han adquirido, sirven de modelo á la generacion futura.

Quando se ratifica la paz, los soldados de los tiranos, que fueron anteriormente hechos prisioneros de guerra, vuelven con mucha dificultad á entrar en la esclavitud, al paso que aceptan con júbilo y reconocimiento el asilo que les ofrece un pueblo libre. Ningun soldado de los que militan bajo el estandarte de la libertad se ve tentado á renunciar su patria, pues convencido de tener en ella todo su bienestar, y orgulloso con su fortuna, tampoco piensa en otra. Este modo de pensar está por otra parte profundamente gravado en el ánimo de todos los hombres.

No, un pueblo libre, no puede confiar su propia defensa sino á sí mismo: un defensor mercenario es un ente inconocido á sus ojos; y así es que todos los ciudadanos se arman para la defensa comun, en cuyo concepto el pueblo soberano es el defensor de sí mismo.

Bien fácil es, supuesta esta nueva institucion, arreglar los ciudadanos mas robustos, escoger los mas á proposito, y tenerlos prontos para repeler los ataques de los enemigos. En una nacion poderosa es muy fácil repartir por igual entre los ciudadanos las penalidades y fatigas del servicio militar; pero las que son menos considerables, deben, ligarse entre sí, y proveer del mismo modo á sus necesidades, reuniendo ademas entre todas un exército que, compuesto únicamente de ciudadanos, solo presente la union de las virtudes morales, único patrimonio de los hombres libres. Los principios sobre que esta union debe estar fundada, son tales que ni puede padecer la poblacion, ni las artes podrán recibir el mas mínimo detrimento.